

CAPÍTULO CUARTO

ZBIGNIEW BRZEZINSKI. LA VISIÓN HEGEMÓNICA DE ESTADOS UNIDOS

ZBIGNIEW BRZEZINSKI. LA VISIÓN HEGEMÓNICA DE ESTADOS UNIDOS

Por JOSÉ LUÍS CALVO ALBERO

INTRODUCCIÓN

Nacido en Varsovia en 1928, Zbigniew Brzezinski emigró a Estados Unidos doctorándose en Ciencias Políticas en Harvard en 1953. Inició su carrera como profesor en el Centro de Investigación Rusa y Política Internacional de Harvard y más adelante cumplió dos periodos como profesor en la Universidad de Columbia (1960–62 y 1981–1989) en los que influyó notablemente sobre la actual cúpula política y diplomática estadounidense, especialmente sobre la actual Secretaria de Estado Madeleine Albright y el Consejero Presidencial de Seguridad Samuel Berger. Asimismo la figura de Brzezinski ha pesado de forma considerable sobre la diplomacia norteamericana durante los últimos 25 años. Así lo corrobora su experiencia como director de la Comisión Trilateral entre 1973 y 1976 y, especialmente, su nombramiento como Consejero de Seguridad del Presidente Carter entre 1977 y 1981.

Actualmente, ejerce como profesor de política exterior norteamericana en la Universidad John Hopkins. Hoy en día, Brzezinski ha pasado a engrosar el grupo de los grandes oráculos del pensamiento político y estratégico norteamericano, compartiendo esta posición con figuras como Kissinger, Fukuyama o Huntington.

Su obra es muy amplia y se centra en gran parte en la evolución de la desaparecida URSS y de los estados resultantes de su desmoronamiento. Destacan en una primera fase "Political Power: USA-URSS"

(1964), "Soviet Bloc Unity and Conflict" (1967) y "Ideology & Power in Soviet Politics" (1976). Cuando la crisis del sistema soviético era ya evidente escribió sus obras más conocidas "Game Plan" (1986) "The Grand Failure" (1989) y "The Birth and the Death of Communism in the 20th Century" (1990) con las que se convirtió en cronista aventajado del proceso de desaparición de la URSS. Pero la visión de Brzezinski era más amplia y también abordó los estudios globales. El primer ensayo fue "Between Two Ages" (1976). Su experiencia como asesor presidencial quedó reflejada en "Power & Principle" (1983) y, en 1993 estudió el nuevo orden mundial en "Out of Control". Pero la obra que quizás le ha dado mayor renombre es la reciente "The Grand Chessboard" (1996) publicada en España por Paidós con el título "El Gran Tablero Mundial". En ella expone de una forma enormemente clara su visión geoestratégica orientada al problema de como mantener la supremacía norteamericana en las próximas décadas.

Es de destacar asimismo su gran labor como articulista, especialmente en "Foreign Affairs" de la que es asiduo colaborador. Sus artículos aparecen también con frecuencia en la prensa diaria norteamericana comentando temas de actualidad para la política exterior de Estados Unidos, desde el conflicto con Irak hasta las relaciones chino-norteamericanas pasando por la actual crisis de Kosovo.

EL MARCO DE SU PENSAMIENTO

Zbigniew Brzezinski comenzó su carrera siendo, fundamentalmente, un soviólogo. Gran parte de su obra está totalmente dedicada a la antigua URSS, a su caída y a la evolución posterior de Rusia y los países que componen actualmente la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Incluso en sus obras de carácter más global, como "El gran tablero mundial", la presencia de Rusia y los descendientes de la URSS ocupa un lugar central. Probablemente este profundo conocimiento de la Unión Soviética fue uno de los motivos determinantes para su inclusión dentro del equipo presidencial de Jimmy Carter en 1977.

Su labor se desarrolló en uno de los periodos más críticos de las relaciones USA-URSS. Estados Unidos retrocedía en la escena mundial tras el desastre moral de Vietnam y el posterior escándalo Watergate. *"El empuje ofensivo soviético alcanzó su apogeo en el decenio de 1970. El impulso soviético se combinaba con el cansancio norteamericano después de Vietnam y con la creciente ansia de detente occidental, hasta el*

punto que Estados Unidos parecía dispuesto a poner fin a la guerra fría incluso sobre la base de aceptar la inferioridad estratégica” (1).

En el Tercer Mundo, un rosario de países caía bajo la influencia comunista en una perfecta escenificación del clásico “efecto dominó”: Angola, Mozambique, Camboya, Laos, Etiopía y, lo más doloroso para los norteamericanos, Nicaragua. Por si fuera poco los soviéticos invadían Afganistán en 1979 e instalaban en Europa sus nuevos misiles de alcance intermedio SS-20, mientras el Sha de Persia, aliado fundamental de Estados Unidos en Oriente Medio, era depuesto por una revolución islámica furiosamente antioccidental.

La situación se mostraba poco alentadora para Occidente, que se debatía entre las consecuencias de la Crisis del Petróleo de 1973, mientras se disponía a entrar en una nueva crisis como consecuencia de la invasión irakí de Irán en 1979. Las tasas de paro se disparaban en Estados Unidos y Europa, y parecía que el modelo liberal capitalista no podría resistir por mucho tiempo el embate de las dinámicas sociedades comunistas.

En medio de un escenario tan desalentador, la administración Carter trató de reaccionar cosechando más fracasos que éxitos. Tradicionalmente, se la ha considerado como una administración “blanda” y, para cualquiera que conozca el pensamiento de Brzezinski, resulta un poco paradójico que un hombre con una visión geopolítica más bien dura formase parte del equipo presidencial.

Lo cierto es que la paradoja no era tal. Brzezinski realmente representa una suerte de “tercera vía” en el pensamiento político norteamericano dividido tradicionalmente en una corriente idealista, identificada con el Partido Demócrata, y otra realista más próxima al Partido Republicano.

Los idealistas consideran que el motor de la política exterior norteamericana debe ser la defensa de los valores seculares de la nación a los que dan una dimensión universal. Son continuadores pues de las ideas sobre el “Destino Manifiesto” del pueblo norteamericano, acuñadas durante el siglo pasado y que confieren a Estados Unidos el deber de extender el respeto a la libertad y la democracia por el resto del mundo. Los realistas, por el contrario, opinan que los intereses económicos y geopolíticos deben constituir el objetivo básico de toda política exterior. Un

(1) Brzezinski, Zbigniew: «La Guerra Fría y sus secuelas». Política Exterior, 30, VI 1992-93.

excesivo entusiasmo a la hora de defender las libertades por todo el mundo conduciría irremediablemente a la sobreextensión y al agotamiento. No reniegan con ello de los ideales clásicos norteamericanos pero los subordinan a los intereses generales de la nación.

A la hora de ejercer la política real unos y otros tropiezan con importantes problemas. Los idealistas deben, en ocasiones, plegarse a los imperativos del poder si no quieren lesionar seriamente los intereses norteamericanos. Los realistas se debaten entre el aislacionismo internacional, imposible para una gran potencia, o un intervencionismo dictado por meros intereses nacionales que, invariablemente, acabó siendo objeto de acusaciones de imperialismo por parte del resto del mundo.

Pero lo peor es que tanto idealistas como realistas se encuentran con el desalentador espectáculo del desinterés general del pueblo norteamericano hacia la política exterior. La situación geográfica de los Estados Unidos proporciona un magnífico aislamiento y la amplitud de la nación la convierte en un pequeño mundo, del cual el ciudadano medio no encuentra demasiados motivos para salir. Tal desinterés por los asuntos internacionales obliga a los partidarios de ambas posturas a acercar sus discursos cuando se trata de realizar acciones de relevancia en el exterior y, especialmente, cuando se considera preciso ir a la guerra. Realmente es difícil mover a la opinión pública hacia el apoyo a una intervención exterior. Esto solo se consigue cuando los motivos para la misma combinan un claro interés nacional con una decidida defensa de los valores norteamericanos. Cuando esta mezcla de idealismo y realismo no se produce, lo más probable es que la intervención no tenga lugar o deba hacerse de forma semiclandestina y con escasas repercusiones en la población.

Esta confrontación clásica, apuntada magistralmente por Henry Kissinger en su obra "Diplomacia", ha llevado a numerosas contradicciones, fracasos y titubeos en la política exterior de los Estados Unidos. Brzezinski, consciente de este terreno resbaladizo, no renuncia a la confianza en la superioridad del modelo político y social norteamericano pero acepta que este modelo debe desarrollarse en el duro mundo real, lo que obliga a veces a una cierta contradicción entre los medios y la finalidad, llevando a utilizar procedimientos poco idealistas para conseguir el bien principal que es la generalización de la democracia y el respeto a los derechos humanos. Esta actitud, muy propia de la actual administración Clinton, ha supuesto un importante cambio para el tradicional idealismo del Partido Demócrata y le ha permitido desarrollar una política exterior creíble y comparable a la realista visión internacional del Partido Republicano.

El pensamiento de Brzezinski aparece como una suerte de compromiso entre ambas posturas. Estados Unidos no debe renunciar a sus ideales que tienen un indudable valor universal y están en el propio origen de la prosperidad del país. Pero la extensión de estos ideales, aunque represente un innegable avance para la humanidad, debe hacerse dentro de un mundo cuyas relaciones internacionales se basan en gran medida en los intereses nacionales, la economía y la geopolítica. A este respecto es muy significativo el título que quiso dar a las memorias de sus años como Consejero de Seguridad presidencial: "Power & Principle" (Poder y Principios) un resumen de su pensamiento político que pretende ser conciliador entre las dos posturas clásicas en la política de su país.

En cuanto al papel que jugó Brzezinski dentro de la política exterior de Washington entre 1977 y 1980 es preciso realizar un estudio algo más profundo sobre la administración Carter y sus iniciativas en política internacional. Aunque es difícil considerar su gestión como exitosa en este ámbito, lo cierto es que constituyó la base sobre la que se edificó la posterior contraofensiva norteamericana de la era Reagan que dio el golpe definitivo a la URSS.

Brzezinski era, por entonces, un heredero directo de las tesis de George Kennan sobre la debilidad intrínseca de la URSS. Como su antecesor, estaba convencido de que el sistema liberal, capitalista y democrático era mucho más fuerte que su oponente comunista. La economía de la URSS no era en absoluto comparable a la de los países occidentales, la ineficiencia reinaba en el país, cuyos habitantes mantenían un nivel de vida depauperado, los primeros fracasos en la política agrícola se dejaban sentir con cosechas exiguas que obligaban a la importación de grano para alimentar a la población. En cuanto a la tecnología, los soviéticos no poseían nada comparable a los nuevos sistemas de armas que comenzaban a experimentarse en Estados Unidos dentro del nuevo concepto de "ataque a los segundos escalones" y hacía tiempo que habían perdido la carrera espacial. Por último, afrontaban un problema todavía más grave: el de la sucesión en el poder, con un Brezhnev ya anciano y unos enrevesados mecanismos de relevo.

Pero Occidente parecía estar perdiendo la Guerra Fría. Para Brzezinski se trataba fundamentalmente de un problema ideológico. La URSS siempre había representado una utopía para las clases humildes de muchos países incluidos los occidentales. Grupos importantes de intelectuales mantenían todavía una actitud de admiración hacia la URSS mientras denigraban el corrupto sistema capitalista. En Estados Unidos la

lucha contra el comunismo se había convertido en ocasiones en obsesiva y se había basado más en demonizar al enemigo que en valorar las virtudes del propio sistema. La contraofensiva que proponía Brzezinski y que, en parte, realizó Carter se basaba en ponderar la superioridad del modelo occidental presentando batalla al mundo comunista en el campo ideológico. Al tiempo debía lanzarse una ofensiva geopolítica para contrarrestar la presencia comunista por todo el globo. Las teorías de la contención de Kennan ya no bastaban, era precisa una reacción para evitar verse arrinconados.

Tales ideas tuvieron su reflejo en la denominada “Doctrina Carter” que sentó las bases del contraataque norteamericano. La doctrina preveía el fomento de la democracia y los derechos humanos en el mundo como primera arma ideológica. Estados Unidos no apoyaría a más dictadores como mal menor para evitar el comunismo. Los países que aspirasen a una relación privilegiada debían presentar unas estructuras políticas perfectamente democráticas. Además, los movimientos de resistencia anti-comunista en todos los países de la órbita soviética serían fomentados y apoyados por EEUU siempre que representaran una alternativa democrática. En el aspecto militar, el Ejército Norteamericano, recientemente profesionalizado, debía dejar de ser una máquina pesada, apta sólo para el combate en Centroeuropa, y convertirse en una organización ágil capaz de actuar rápidamente en cualquier lugar del mundo.

El aluvión de problemas al que Carter y sus asesores tuvieron que hacer frente en el dramático periodo de 1977 a 1981 no permitió que la nueva doctrina cosechase resultados espectaculares. De hecho estos fueron para algunos más bien desastrosos. La falta de apoyo a los gobiernos dictatoriales provocó, por ejemplo, la caída de Anastasio Somoza en Nicaragua en 1979, con lo que los Estados Unidos encajaron uno de los golpes geopolíticos más duros tras la revolución cubana. Las críticas llovieron sobre Carter y también sobre Brzezinski a quien se acusó de falta de sentido de la realidad.

No obstante, tras la llegada de Ronald Reagan a la Casablanca en 1981 la estrategia seguida fue fundamentalmente la misma aunque es indudable que Reagan supo ejercerla de una forma mucho más enérgica y sin el excesivo complejo de culpa que atenazaba a Carter. Finalmente, las previsiones de Brzezinski (y también las de George Kennan) sobre la debilidad estructural de la URSS se mostraron acertadas y los dirigentes soviéticos se vieron incapaces de afrontar el duelo militar, tecnológico e ideológico que se les planteó. *“El resultado fue la fase final de la Guerra*

Fría, que va aproximadamente desde 1979 a 1991. Se caracterizó por la gradual recuperación occidental de la iniciativa ideológica, por la erupción de una crisis filosófica y política en el campo adversario y por el empuje final y decisivo de Estados Unidos en la carrera de armamentos. Esta fase duró algo más de un decenio. Su resultado fue la victoria” (2).

La visión geopolítica de Brzezinski podría calificarse además de clásica. De un clasicismo a veces sorprendente en un hombre más próximo a las tesis idealistas. Su concepto básico, el de un continente central (Eurasia) clave para conseguir el dominio global, nos recuerda claramente las tesis de la “tierra corazón” de MacKinder *“Eurasia es el supercontinente eje del mundo. Una potencia que dominara Eurasia ejercería una influencia decisiva sobre dos de las tres regiones económicas más productivas del mundo: Europa Occidental y Asia Oriental. Un vistazo sobre el mapa da a entender también que un país dominante en eurasia controlaría casi automáticamente Oriente Próximo y África. Al ser ahora Eurasia el tablero decisivo del ajedrez geopolítico, ya no basta con tener una política para Europa y otra para Asia. Lo que ocurra con la distribución del poder en la masa territorial euroasiática será de decisiva importancia para la primacía mundial de EEUU y su legado histórico” (3).*

En un pensador estratégico norteamericano esta visión continental es cuando menos atípica. Y lo es más cuando repasamos los países que Brzezinski considera como principales jugadores geopolíticos: Alemania, Francia, China, India y Rusia. Todos ellos potencias más continentales que marítimas. Japón, Gran Bretaña o Indonesia, países más volcados hacia el mar, merecen la consideración de “importantes”, pero no hasta el punto de formar parte del club de jugadores principales. Probablemente en esta visión continental haya influido tanto el origen polaco de Brzezinski como su prolongado estudio de la antigua URSS.

¿Qué es Europa para Brzezinski?

Para un europeo que lea el último libro de Brzezinski (El gran tablero mundial) la respuesta puede ser irritante. Europa es una parte muy a tener en cuenta de ese gran tablero que Brzezinski identifica como Eurasia y en el cual se ponen en juego los intereses mundiales y, por tanto, los de Estados Unidos. El valor de Europa reside fundamentalmente en su carácter

(2) Brzezinski, Zbigniew: “La Guerra Fría y sus secuelas”. Política Exterior, 30, VI. 1992-93.

(3) Brzezinski, Zbigniew: “Una estrategia para Eurasia”. Política Exterior, 60, XI-Nov/Dic. 1997.

de “cabeza de puente democrática” lo que parece provenir de una curiosa concepción sobre la Historia y el origen de las ideas democráticas. No obstante, si pasamos por alto esta visión un tanto parcial podremos adentrarnos en una interesante reflexión sobre la naturaleza europea.

En la obra de Brzezinski encontramos frecuentes referencias a dos conceptos que explican el origen de la actual Europa. Por un lado tenemos a la “Europa Romana”. El Imperio Romano ha sido el origen de la idea de una Europa unida. De hecho gran parte de la historia europea se explica como los sucesivos intentos por restaurar el Imperio Romano. Pero la Europa romana trasciende las antiguas fronteras del Imperio y llega hasta donde llegó el cristianismo, su religión oficial. Esto incluye a toda la Europa Central e incluso a Rusia, que se considera a sí misma heredera de la tradición romana.

Un concepto más limitado es el de la “Europa Carolingia”. Carlomagno intentó la resurrección del Imperio en el siglo IX y en parte lo consiguió, pero esa resurrección afectó sólo a la parte occidental de la antigua Roma, lo cual era lógico pues la parte Oriental se había transformado en el Imperio Bizantino. Esa Europa occidental y carolingia va a monopolizar durante mucho tiempo la idea europea, marginando a las regiones orientales. La última, y quizás más dramática, muestra de este monopolio ocurrirá durante la Guerra Fría cuando Europa Occidental aparezca como la verdadera continuadora de la tradición cristiana y romana.

Actualmente, nos encontramos en un momento trascendental. Europa tiene la ocasión de superar la idea carolingia y de volver a la tradición de unidad romana, aglutinando a toda la Europa Oriental y, quizás, incluso a Rusia.

Hay que tener en cuenta el origen polaco del propio Brzezinski. Polonia siempre ha manifestado su identidad dentro de la tradición romana y católica y, por tanto occidental, pese a que nunca formó parte del Imperio Romano y conoció el cristianismo a través de los caballeros teutones, herederos de la Marca Oriental carolingia. Con el paso del tiempo, los polacos han acumulado un cierto resentimiento hacia la Europa Occidental que siempre les ha considerado como una “tierra fronteriza” por su proximidad a Rusia. En las páginas de Brzezinski podemos todavía ver ecos de este resentimiento a la vez que una invitación a superar el “olvido” secular de la Europa del Este.

Así pues, la idea de Europa esbozada en las obras de Brzezinski tiene sus raíces en la tradición cristiana y en un vago recuerdo de unidad, de pro-

yecto común. Pero ¿qué ocurre con Rusia? Realmente forma parte de esa tradición cristiana e incluso ha mantenido la pretensión de ser la “Tercera Roma”, refugio del culto ortodoxo desde la caída de Constantinopla en el siglo XV. Sin embargo, nuestro autor no es optimista sobre una próxima integración rusa en la nueva Europa. El Imperio Ruso creció demasiado aislado y su existencia está demasiado próxima. La idea imperial persiste en la mente del pueblo ruso y sigue sembrando el temor en los países vecinos. Además, existe un componente asiático en la identidad rusa que no puede ser despreciado. Será necesario un tiempo, probablemente prolongado, para que Rusia renuncie a su sueño imperial, se conforme con un papel más modesto y encuentre su lugar dentro de una Europa unificada. Eso siempre que decida escoger esta vía y no vuelva su vista hacia Asia.

Una vez definida Europa territorialmente podemos indagar en la visión que Brzezinski tiene de las relaciones de poder en Europa y del proceso de unión en marcha.

En esta visión existen fundamentalmente dos grandes jugadores geopolíticos (expresión utilizada por él mismo): Francia y Alemania. Las motivaciones de cada uno son diferentes pero recordemos que son los herederos de las entidades surgidas tras la división del Imperio Carolingio. Francia ha aspirado a la hegemonía europea desde la época de Luís XIII y el Cardenal Richelieu, cuando logró romper el cerco al que había sido sometida por los gobernantes Habsburgo. Este sueño hegemónico se ha visto repetidamente frustrado provocando graves convulsiones en la historia francesa y un cierto sentimiento de insatisfacción nacional. Primero, fue la potencia naval británica la que rompió las aspiraciones francesas desde Luís XIV hasta Napoleón. Posteriormente, el gigante alemán, nacido en su frontera Norte, humilló el orgullo francés y enterró definitivamente su primacía como primera potencia continental.

Pero el sueño francés no ha muerto. Tras la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial, Francia lo recuperó en la forma de una unidad europea bajo su liderazgo. El primer paso consistió en enterrar la vieja enemistad con Alemania. Posteriormente, la producción de armamento nuclear, las intervenciones destacadas en la política internacional y su papel de líder de la Unión Europea, compartido con Alemania, han demostrado el papel de adalid del nuevo renacimiento europeo.

Francia, además siempre ha mantenido el liderazgo de la órbita latina y la ventaja en la relación con los países de la orilla sur del Mediterráneo que opone a la influencia alemana en Europa Central y del Este.

Sin embargo, Brzezinski opina que el liderazgo francés tiene los pies de barro. Francia no es una potencia económica comparable a Alemania, y mucho menos, a Estados Unidos, o a lo que puede llegar a ser China. Militarmente las posibilidades francesas son muy limitadas. En cuanto al aspecto cultural la influencia de Francia en Centroeuropa no puede compararse a la de Alemania. Francia no puede liderar Europa en solitario ni puede ser el único motor de la unión europea. Para eso necesita a Alemania.

La actual actitud alemana ante Europa podría definirse como un intento de “redención”. Alemania trata de liberarse de las zonas más oscuras de su pasado y regresar a su tradición de prestigio moral y político a través del fomento de la unidad europea. Sin embargo, su unificación puede marcar un punto de inflexión en su actitud hacia Europa. La recuperación de su esfera de influencia en Europa Central y Oriental parece una tentación irresistible. El primer efecto de la reunificación habría sido el aumento de la desconfianza francesa hacia su poderoso vecino.

Y precisamente en esta relación franco-alemana que combina la desconfianza con la necesidad mutua se encuentra una de las claves de la estabilidad y de la posibilidad de unión europea. De hecho, la enemistad tradicional entre ambos países fue formalmente superada cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, quedó claro que se trataba de una actitud que llevaba inevitablemente al suicidio mutuo. La reacción de unidad surgida de ese descubrimiento constituye el germen de la actual Unión Europea. Pero esto no quiere decir que se hayan olvidado los viejos rencores ni que los objetivos geopolíticos se hayan unificado. Francia continúa mirando hacia el Sur y Alemania hacia el Este. Francia aprovecha la mínima oportunidad para coquetear con Rusia, su aliado natural y oponente clásico a la expansión alemana hacia el Este, mientras que Alemania crea su propio espacio de influencia en los Balcanes con gran disgusto por parte de Francia. Ambos países continúan experimentando una sana desconfianza mutua pero, precisamente, esa desconfianza y divergencia de intereses (que es a la vez complementariedad) crea el marco adecuado para una unión del continente menos polarizada por una agobiante superioridad alemana o una irritante prepotencia francesa.

Brzezinski no oculta su impresión de mayor fiabilidad hacia un liderazgo alemán que hacia uno francés. Su doble origen polaco y norteamericano parecen impulsarle a ello. Pero tampoco se hace demasiadas ilusiones. La sombra de Alemania pesa todavía en las conciencias europeas e invalida a este país para convertirse, por sí solo, en el líder de la unificación.

Curiosamente, el papel otorgado a Gran Bretaña dentro de su obra es el de un viejo león dormido. Escéptica y reticente hacia la Unión Europea mantiene una relación privilegiada (que Brzezinski no duda en calificar también de decadente) con Estados Unidos. No puede convertirse en motor de Europa ni tiene fuerzas para emprender un camino diferente, ni es otra cosa para Estados Unidos que un aliado útil y fiel.

Por encima de estas consideraciones geopolíticas, nuestro autor también advierte de un peligro larvado en las sociedades europeas. Las catastróficas guerras mundiales, la amenaza de convertirse en campo de batalla nuclear y las políticas sociales excesivamente generosas aplicadas durante la posguerra han agotado la antigua vitalidad de los europeos. Brzezinski no duda en calificar la actitud predominante hoy en día entre los ciudadanos europeos como hedonismo. Este hedonismo se manifiesta en una pérdida de ideales y en el acomodo a una vida exenta de problemas bajo la tutela de un estado protector y redistribuidor. Una actitud que, a medio plazo, puede oscurecer los logros económicos y precipitar a toda la sociedad europea hacia una inevitable decadencia, de la que ya comienzan a percibirse algunos signos. *“La crisis de legitimidad política y de vitalidad económica a la que Europa occidental se enfrenta cada vez más —pero que es incapaz de superar— esta profundamente arraigada en la penetrante expansión de la estructura social centrada en el Estado—patrocinador que favorece el paternalismo, el proteccionismo y el parroquialismo. El resultado de ello es una enfermedad cultural que combina hedonismo escapista y vacío espiritual, una enfermedad que pueden explotar nacionalistas extremistas o ideólogos dogmáticos”* (4).

EL PROBLEMA RUSO

Cuando se refiere a Europa es habitual encontrar, en la obra de Brzezinski, una asociación entre dos problemas políticos clásicos para la estabilidad europea: El “problema alemán” y el “problema ruso”. Ambos han marcado los dos últimos siglos de la historia europea y han marcado tanto la caída como el resurgir del continente. *“La OTAN nació en gran medida como respuesta a las amenazas que, para un orden estable, presentaba la potencia desproporcionada de estos dos estados. Durante los pasados cuarenta años la OTAN creó una estructura estable tanto para*

(4) Brzezinski, Zbningniew: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós 1998.

dotar a Alemania de un papel constructivo en una Europa en proceso de unificación como para proteger a Europa Occidental de la Unión Soviética. Hoy la cuestión estriba en encontrar una fórmula que consolida a Alemania en una Europa más extensa y facilite el establecimiento de relaciones de cooperación con la nueva Rusia” (5).

El problema alemán consiste de forma esquemática en el proceso expansivo de un pueblo, enormemente vital, que ha sido abortado de forma violenta dentro de una política de equilibrio de poder en Europa. Las aspiraciones alemanas a formar un imperio de tipo territorial fueron aplastadas en ambas guerras mundiales de forma tan brutal como pretendía ser su expansión. Este proceso no sólo aplastó a Alemania sino que agotó al resto de Europa. Pero los alemanes seguían siendo una sociedad con una enorme vitalidad como demostraron en la reconstrucción de su país durante la posguerra. La enorme frustración sentida tras su derrota se mezcló con dos conceptos que consiguieron atenuarla y resolver, al menos hasta el momento, el problema del papel alemán en Europa.

Por un lado, los alemanes reconocieron los errores del pasado. Admitieron y se avergonzaron de los brutales métodos que habían utilizado para intentar imponer su hegemonía, unos métodos, por otro lado, impropios en un pueblo aclamado por su contribución a la cultura. En este sentido, se produjo una búsqueda de la redención, comentada ya en el punto anterior, que condujo a una Alemania más humana y cooperativa. *“En su ferviente compromiso con Europa, Alemania ve una purificación histórica y una restauración de sus credenciales morales y políticas. Al redimirse a través de Europa, Alemania restaura su propia grandeza al tiempo que obtiene una misión que no tiene por qué movilizar automáticamente el resentimiento y los temores europeos hacia ella” (6).* Por otro lado la sociedad alemana encauzó esa vitalidad que le impulsaba a crear un imperio territorial a la consecución de una enorme riqueza económica. De una forma muy similar a la de Japón, Alemania recuperó su rango de potencia mundial, no a través de su poderío militar sino de su potente economía.

De momento este ha sido el fin del “problema alemán”. Sería un error considerarlo un proceso terminado y Brzezinski no lo hace *“No se puede desechar la posibilidad, por muy remota que hoy sea, de que en una Europa fluida y una Unión Soviética desordenada, Berlín y Moscú se*

(5) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: *«La nueva Rusia y la ampliación de la OTAN»*. Política Exterior. 43, IX Febrero/marzo 1995.

(6) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: *«El Gran Tablero Mundial»*. Editorial Paidós, 1998.

sintieran algún día tentados de nuevo" (7). Alemania tiene pendiente una expansión hacia el Este que ya no será de conquista militar pero sí de influencia política y económica. Por otro lado, la vuelta a un imperialismo más o menos disimulado está aún presente en algunas actuaciones alemanas como, por ejemplo, en su destacada participación en la desintegración yugoslava.

Para nuestro autor el problema alemán ha sido sustituido en cierta forma por el "problema ruso". Aunque existen diferencias notables también es posible encontrar notables similitudes. El Imperio Ruso se desarrolló a lo largo de siglos, lenta pero continuamente. Su formación no estuvo motivada por la vitalidad de un pueblo ni tuvo el carácter explosivo de la expansión alemana, de hecho se trató más bien de la lenta y penosa marcha de un pueblo atrasado pero enormemente tenaz guiado por gobernantes despóticos.

Esta marcha parecía haberse agotado a principios de este siglo y el Imperio Ruso entraba ya dentro de la categoría de imperios decadentes junto al Austro-Húngaro o el Turco. Sin embargo, la Revolución de 1917 y la adopción de un nuevo orden social y político prestó un nuevo impulso a la sociedad rusa y sus dirigentes adoptaron rápidamente la herencia geopolítica del Imperio Zarista.

A partir de ese momento se produjo el gran impulso que catapultó a Rusia a la categoría de potencia mundial. Hasta entonces el Imperio Ruso se había mantenido en los márgenes del mundo occidental e incluso había sido despreciado por las potencias europeas. Pero tras la Segunda Guerra Mundial, Rusia estaba en condiciones de enzarzarse en una pugna global con EEUU por la hegemonía mundial.

Cuando ese naciente y aparentemente dinámico imperio parecía estar en el auge de su poder, su rápido desmoronamiento dejó a la población rusa con una mezcla de sensaciones entre las que se podían encontrar la perplejidad, la frustración y el abatimiento. Es en este aspecto en el que más similitudes se encuentran con el caso alemán: dos Imperios en plena expansión ven truncado súbitamente su desarrollo y quedan reducidos a escombros en un breve plazo de tiempo. Los alemanes ya hemos visto que supieron reaccionar y solucionar aparentemente su particular

(7) Brzezinski, Zbigniew: «Compromiso global selectivo». Política Exterior, 1992.

problema. Pero los rusos se encuentran todavía en una fase de desconcierto de la que es difícil ver la salida.

Brzezinski, en su último libro "El Gran Tablero Mundial" denomina al espacio antes ocupado por la URSS "el agujero negro". Esta expresión es muy ilustrativa del efecto provocado por la desaparición del Imperio Soviético. Sólo el caos, la incertidumbre y la ruina económica han quedado como herencia de la URSS.

En este vacío geopolítico, creado precisamente en la zona tradicionalmente considerada como el centro geopolítico del mundo, surge un enorme interrogante sobre el porvenir ruso. Para intentar aclararlo, Brzezinski sugiere buscar la respuesta a dos preguntas clave ¿Qué es Rusia? ¿Cuál es su lugar?.

El problema de la identidad rusa es clásico y nunca ha podido ser solucionado de forma nítida. Rusia es la combinación de una etnia (los grandes rusos) con una vaga idea paneslavista y, sobre todo, con un ideal espiritual, una idea de "lo ruso", que incluía desde la herencia espiritual del Imperio Romano hasta la misión civilizadora de los bárbaros del Este. Esta suerte de visión mesiánica se transformó durante la existencia de la URSS en el liderazgo de un movimiento social revolucionario e igualitario con aspiraciones universales.

El problema es que ninguno de estos elementos identificativos está demasiado claro. El mismo concepto de etnia rusa es complejo. Los ucranianos son tradicionalmente los pequeños rusos, los bielorrusos los rusos blancos y los habitantes mayoritarios de la actual Federación Rusa los grandes rusos. Todos tienen un tronco étnico común y una historia prácticamente conjunta en los últimos siglos, pero también tienen sus divergencias y sus identidades nacionales respectivas. En cuanto al paneslavismo, se trata de algo innegable para Rusia pero que despierta mucho menos entusiasmo en el resto de los países eslavos. De hecho, según Brzezinski, Rusia nunca ha sido capaz de crear un foco cultural atractivo para los países de su entorno. Nunca ha sido un líder al cual imitar. La relación con Rusia siempre era de miedo o, al menos, de respeto, pero rara vez de admiración. Este hecho ha relativizado también la importancia de su "misión civilizadora". Los rusos estaban convencidos de haber creado una identidad supranacional regida por sus ideales, primero con el Imperio Zarista y, después, con la URSS. Pero en realidad, el grado de integración de los pueblos sometidos fue siempre muy bajo. En este aspecto imperial, Rusia nunca ha conseguido alcanzar los niveles del Imperio

Romano o de los actuales Estados Unidos, en la creación de modelos culturales y sociales admirados, imitados y aceptados por todo su entorno.

Si resulta complejo explicar qué es Rusia, más complejo todavía resulta definir hasta donde se extiende. En realidad, muchas de las repúblicas surgidas del derrumbamiento de la URSS contienen importantes minorías rusas, al tiempo que, dentro de las fronteras actuales de la Federación Rusa, conviven innumerables minorías étnicas caucásicas, tártaras o asiáticas. Por si fuera poco, tenemos el carácter ambiguo de algunas de las nuevas repúblicas en cuanto a su identidad rusa. Bielorrusia, por ejemplo, parece irremediabilmente abocada a una nueva unión con la Federación Rusa, pero el caso de Ucrania no es ni mucho menos tan claro.

Para los rusos el dominio de ese vasto espacio antes ocupado por la URSS es garantía, a la vez, de recuperación de su papel histórico y de mantenimiento de su unidad territorial. Este “euroasianismo” es una aspiración que renace con fuerza en estos años de crisis. *“Esta identidad es el legado del extraordinario control espacial de Rusia sobre la enorme masa territorial situada entre Europa Central y las costas del Océano Pacífico, el legado de la estatalidad imperial que Moscú forjó a lo largo de cuatro siglos de expansión hacia el Este. Esta expansión provocó la asimilación con Rusia de una vasta población no rusa y no europea, creándose así una singular personalidad política y cultural euroasiática”* (8).

Sin embargo el “euroasianismo” es, hoy por hoy, una aspiración sólo sentida por los rusos. El resto de etnias y nacionalidades —incluso algunas que se encuentran dentro de las fronteras de la Federación Rusa— ven con enorme suspicacia cualquier intento de Moscú por recuperar su papel en la región.

Ante la indefinición, tanto de su propia identidad como de su extensión, Brzezinski no se asombra ante la dubitativa actitud y la falta de realismo de la política exterior rusa tras el derrumbamiento de la URSS. En un primer momento prevalecieron las tesis occidentalistas. Rusia debía olvidarse de su vocación imperialista, convertirse en un estado de tipo occidental y en un aliado de los Estados Unidos. En el fondo de esta idea subyacía la esperanza de que Rusia continuase siendo una gran potencia, que tratase de igual a igual a su socio norteamericano y se repartiese con él la hegemonía mundial. Incluso este renacimiento podía llegar a aumen-

(8) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

tar el prestigio ruso ante sus antiguos súbditos y hacerles volver al redil de una CEI controlada por Moscú.

La realidad pronto se impuso a esta teoría. *“Los Estados Unidos no tenían intenciones de compartir el poder global con Rusia y tampoco podrían haberlo hecho de haberlo querido. La nueva Rusia era, sencillamente, demasiado débil, estaba demasiado devastada por los tres cuartos de siglo de gobierno comunista y estaba socialmente demasiado atrasada como para poder ser un socio global”* (9).

La desilusión ante esta realidad hizo balancearse el péndulo de la política exterior rusa hacia el otro extremo. Si no se podía ser aliado global de los EEUU había que contrarrestar su liderazgo y recuperar el rango de potencia mundial. Para ello, había dos soluciones: o bien recuperar el antiguo espacio soviético y, a través de él, la antigua potencialidad y posición estratégica, o bien promover una coalición antinorteamericana mundial. La primera de estas soluciones condujo a la teoría estratégica de la recuperación del “extranjero próximo”, comprendiendo bajo esa denominación a los países surgidos de la antigua URSS. Aunque se obtuvieron algunos éxitos —la incorporación de Bielorrusia a una nueva “Comunidad de Repúblicas Soberanas” y la futura creación de una “Comunidad de Estados Integrados” con Kazajistán, Bielorrusia y Kirguistán— la reacción entre la mayoría de los nuevos estados independientes fue, en el mejor de los casos, de cautela. *“Los nuevos estados independientes consideraban que Rusia era políticamente inestable, que seguía manteniendo ambiciones de dominación y que, económicamente, representaba un obstáculo para su participación en la economía global y para que pudieran acceder a las muy necesarias inversiones extranjeras”* (10).

A pesar de estas reticencias el control del “extranjero próximo” sigue formando parte de la línea estratégica rusa definida en el Concepto de Seguridad Nacional de Diciembre de 1997.

En cuanto a la formación de una alianza capaz de enfrentarse a la hegemonía norteamericana, Rusia ha coqueteado con China e incluso con Irán. Los recientes acontecimientos en Kosovo con la intervención de la OTAN en una zona de tradicional influencia rusa y el confuso bombardeo de la embajada china en Belgrado parecieron resucitar el fantasma de la

(9) Brzezinski, Zbigniew: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

(10) Brzezinski, Zbigniew: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

Alianza chino-rusa. Pero la alianza se quedó en un nivel más formal que real y es que las diferencias entre ambos países son todavía excesivamente grandes y la extrema debilidad de Rusia no le convierte en un aliado de confianza. De hecho exige demasiado de esa hipotética alianza —el enfrentamiento con la mayor potencia militar y económica del globo— y puede ofrecer muy poco a cambio.

Así pues, Brzezinski considera que estas dos soluciones planteadas por Moscú para solucionar su “problema” de pérdida de hegemonía e identidad sólo conducen a una vía muerta. La única solución para el autor norteamericano —la que él llama alternativa única— es la occidentalización de Rusia. Las dos soluciones anteriores pasan por reconocer todavía un papel de potencia global a la Federación Rusa. Pues bien, para Brzezinski es precisamente eso lo primero que los rusos deben olvidar. Cualquier intento de recuperar su papel hegemónico encontrará una resistencia a las que no se pueden enfrentar en su actual estado de debilidad. La actitud positiva se asemejaría a la que adoptó Alemania tras la Segunda Guerra Mundial: renunciar a su papel imperial y convertirse en un estado de tipo occidental. Eso no significaría el fin de Rusia como algunos predicen. Al renunciar a su sueños imperiales Alemania quedó libre para convertirse en una de las potencias económicas mundiales. Algo similar ocurrió con Japón. Rusia tiene potencial y territorio suficiente como para seguir siendo uno de los estados con mayor peso en la escena internacional, pero sólo si abandona la agotadora pugna por el dominio global.

Evidentemente, esta visión de Brzezinski puede parecer interesada desde el punto de vista norteamericano (y probablemente lo sea), pero no se le puede negar un enfoque muy realista. Está claro que los esfuerzos rusos por intentar mantenerse como una potencia global están siendo tan caros política y económicamente como infructuosos. Parece que un repliegue estratégico sería la solución más realista. Una vez superada la etapa actual de caos y agotamiento Rusia podría volver a plantearse la recuperación de su rango de gran potencia o conformarse con un papel más modesto de carácter regional. En cierta forma, es la estrategia que actualmente está siguiendo China con un excelente resultado: una potencia enorme se está gestando casi en la sombra.

En el tema de Rusia hay una faceta del pensamiento de Brzezinski que puede sorprender aunque es común a la mayoría de los pensadores que se apoyan en la geopolítica. Este tema es la poca importancia que da a los niveles de corrupción que se han alcanzado en Rusia y a su influencia sobre la clase política. De hecho, Brzezinski —y reitero que no es, ni

mucho menos, el único— concibe una Federación Rusa dirigida por una clase política que busca sinceramente lo mejor para la nación y que bucea entre las diferentes soluciones políticas y estratégicas para intentar encontrar la más adecuada. Pero el aspecto más inquietante de la política rusa es precisamente la negación de esta premisa. ¿Y si el nivel de corrupción ha llegado a tal punto que condiciona las decisiones de la cúpula política de Moscú? ¿Y si no se gobierna valorando intereses nacionales y relaciones geopolíticas sino buscando los intereses personales o de grupos de poder?.

En ocasiones el comportamiento de la clase política rusa, y de su Presidente en especial, parecen avalar esta teoría con gobiernos nombrados y depuestos en cuestión de horas de forma incomprensible y con fuertes tensiones entre el Parlamento, el Gobierno y la Presidencia. Sin duda, esta posibilidad sería la más peligrosa. Cuando lo que se pone en juego son intereses nacionales siempre existen soluciones razonables aunque, en ocasiones, puedan exigir medidas drásticas. Pero cuando entran en juego intereses de grupos de presión semidelictivos la solución es difícil ya que estos grupos carecen de programas políticos, sociales o económicos y sólo se guían por el beneficio económico y el mantenimiento del poder.

UNA ESTRATEGIA NORTEAMERICANA PARA EUROPA

Todas las obras de Zbigniew Brzezinski están escritas bajo el punto de vista geoestratégico norteamericano. Las referencias a Europa se hacen siempre desde el punto de vista del otro lado del Atlántico y considerando a los europeos bien como fieles aliados, bien como potenciales adversarios o, sencillamente, como los habitantes de un complejo mosaico de nacionalidades, tan confusos como necesitados de protección.

Ya hemos comentado tanto la visión de Brzezinski sobre la naturaleza de Europa como sobre lo que, para él, constituye su principal problema: el futuro de Rusia. Ahora vamos a comentar cuál es la estrategia que el propone a Estados Unidos para su relación con Europa. Es necesario realizar dos precisiones antes de introducirnos en ella. En primer lugar, la estrategia a la que se refiere Brzezinski sería aquella que Beaufre definiría como Estrategia Total, Liddell Hart como Estrategia General y Collins como Gran Estrategia, es decir aquel nivel de la estrategia más próximo a la política, desarrollado fundamentalmente por los gobiernos y que no se limita ni mucho menos al aspecto militar, sino que utiliza todos

los recursos del estado para la consecución de los intereses del mismo. En segundo lugar, la estrategia que propone para Estados Unidos tiene habitualmente un objetivo definido: el mantenimiento de la hegemonía norteamericana en el mundo. Este aspecto queda especialmente claro en su último libro "El Gran Tablero Mundial".

Pero, pese a ese enfoque geopolítico, un tanto despiadado, nuestro autor reconoce que: *"Europa es el aliado natural de los Estados Unidos. Comparte sus mismos valores; participa, en términos generales, de la misma herencia religiosa; practica la misma política democrática y es la madre patria de la mayoría de los estadounidenses"* (11). Los Estados Unidos pueden sentir desconfianza hacia Europa, incluso pueden llegar a un cierto desprecio por la falta de vitalidad de los europeos; pero Europa sigue siendo su principal valedor y aliado en el mundo aparte de tener un rincón en el recuerdo de muchos de sus ciudadanos (recordemos el origen polaco del propio Brzezinski).

Desde el punto de vista geopolítico, Europa es el principal campo de juego de los intereses norteamericanos. La presencia en Europa y la influencia sobre los acontecimientos y decisiones europeas proporciona a Estados Unidos la mejor base de partida para actuar en ese vasto continente euroasiático que Brzezinski califica de vital para la hegemonía global. Es "la cabeza de puente democrática" a la que aludíamos antes. En el otro extremo de Eurasia la penetración norteamericana es más superficial y se limita fundamentalmente a Japón, Corea del Sur y, hasta cierto punto, Taiwan.

La implicación en la reconstrucción y la defensa europea en los años de la posguerra ligó de tal forma los intereses de Estados Unidos y de los países europeos que resulta muy difícil separarlos hoy en día. Por eso, la aparición de una Europa hostil sigue siendo algo prácticamente impensable para los dirigentes de Estados Unidos. No obstante, la caída de la gran amenaza que representaba la URSS para el continente europeo ha dado paso a un replanteamiento de las relaciones Europa-EEUU. El proceso de unión europea se ha acelerado hasta un punto en el que ya es posible vislumbrar un futuro y temible competidor económico. En el campo de la seguridad, el más dominado por el enorme potencial norteamericano, cada vez son más las voces que se alzan pidiendo una defensa genuinamente europea que acabe con la crónica dependencia del gigante del otro lado del Atlántico.

(11) Brzezinski, Zbigniew: «*El Gran Tablero Mundial*». Editorial Paidós, 1998.

No obstante, Europa sufre una serie de problemas de fondo que le impiden prescindir de su socio norteamericano. En primer lugar y desde el punto de vista de la seguridad, la presencia estadounidense es todavía imprescindible en Europa. Así quedó demostrado en Bosnia y así se ha repetido en Kosovo. Sencillamente los europeos, por sí solos, no disponen de una herramienta militar capaz de ejercer una amenaza creíble. Ciertamente que la suma de los potenciales militares de los países europeos es formidable (y aún así muy inferior al potencial militar norteamericano), pero no menos formidables son los problemas para conseguir que esa suma pueda producirse. Sólo el liderazgo norteamericano puede poner en pie una operación de la envergadura suficiente como para someter a un estado rebelde de cierta entidad como lo fue la República Federal de Yugoslavia.

Esta descompensación en el poderío militar tiene su reflejo en el principal instrumento para la seguridad y defensa europea: la OTAN. Los países europeos son conscientes de que, sin la participación norteamericana, la organización es mero cartón piedra. Por supuesto que proliferan iniciativas para intentar crear una identidad de defensa europea pero ninguna de ellas ha conseguido todavía alcanzar un grado de efectividad creíble.

En el aspecto político y económico, es cierto que el proyecto de Unión Europea ha progresado notablemente pero los escollos con los que se encuentra son también considerables. El mantenimiento de posturas básicamente nacionales sigue siendo la norma habitual y estas posturas pueden llegar a ser enconadas, especialmente entre los países con mayor peso específico dentro de la unión. Por otro lado, surge el enorme problema de la ampliación al Este. En este tema se mezclan desde intereses puramente nacionales (pudiera ser el caso de Alemania) hasta otros relacionados con la estabilidad y seguridad (apoyar la viabilidad de los regímenes surgidos en los países del antiguo bloque comunista) e incluso aspiraciones meramente culturales e históricas (recuperar una Europa completa). Todos estos deseos e intereses tienen que convivir con el hecho de que integrar a los nuevos países supone una considerable carga económica que puede repercutir negativamente en los delicados sistemas europeos de protección social.

Así pues, Europa necesita todavía a los Estados Unidos como socio comercial, garante de su seguridad e incluso arbitro de sus problemas internos. La estrategia que propone Brzezinski para mantener los lazos europeo-norteamericanos, evitando a la vez la futura aparición de un rival comercial e incluso político, se basa en los siguientes puntos:

- Compromiso de Estados Unidos con la causa de unificación europea. Una medida precisa para compensar la crisis moral en Europa y para desechar sospechas sobre la oposición norteamericana a la unión.
- A corto plazo, oposición táctica a la política francesa y apoyo al liderazgo alemán. A largo plazo, acomodo con el punto de vista francés sobre la distribución de poder en las organizaciones transatlánticas.
- Actuación enérgica de Estados Unidos con respecto a la definición de la extensión de Europa y, por tanto, a las relaciones con Rusia en temas tan delicados como Ucrania y los Países Bálticos.

Estos tres puntos son lo suficientemente complejos e interesantes como para dedicarles un comentario pormenorizado. Ciertamente la estrategia de Brzezinski parece conciliadora y bienintencionada hacia la identidad europea, y lo es en gran medida, pero también encierra sutilezas un tanto inquietantes.

En primer lugar, tenemos la actitud hacia la unión. La teoría de nuestro autor se basa en que una oposición a la unidad europea no serviría más que para volver todavía más desconfiados a los gobiernos del Continente obteniendo, probablemente, un efecto contrario al pretendido. La postura norteamericana tiene que ser de apoyo a ese proceso. El método para evitar que Europa pueda convertirse en una potencia hostil —hipótesis poco probable en cualquier caso— es comprometerse a tratarla como un socio global de la hegemonía norteamericana, algo que, de hecho, ya es en gran medida. Estados Unidos necesita actualmente a los europeos como apoyo en muchas de sus decisiones. Este apoyo proporciona legitimidad y posibilidad de compartir gastos en caso de tener que aplicar medidas de fuerza, peso en los organismos internacionales como el Consejo de Seguridad de NNUU, o el Fondo Monetario Internacional (FMI), y vías alternativas de relación con estados especialmente sensibles a la hegemonía norteamericana o incluso abiertamente hostiles a la misma.

No obstante, en otros párrafos escritos por el autor se perfila un a cierta actitud maquiavélica hacia el apoyo a la unidad europea. *“Las alternativas reales para la próxima o para las dos próximas décadas son o la de una Europa en expansión y en proceso de unificación que persiga —aunque de manera indecisa y espasmódicamente— la meta de la unidad continental, o la de una Europa estancada que no vaya mucho más allá de su*

(13) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

estado de integración y alcance geográfico actual" (12). "En cualquier caso, los Estados Unidos no deberían transmitir la impresión de que prefieren una asociación europea más difusa —aunque más amplia—" (13).

La idea de una Europa más amplia y difusa como escenario preferido por la estrategia norteamericana puede resultar un tanto inquietante. Demuestra que existe una prevención cierta en Estados Unidos ante la aparición de un potencial competidor europeo. La línea estratégica propuesta escuetamente por Brzezinski presenta una sutileza no siempre presente en la diplomacia norteamericana. Efectivamente, si Estados Unidos apoya sin reservas la ampliación europea queda libre de sospechas sobre su oposición a tal proceso, pero puede actuar entonces como un malévolo anfitrión que anima a sus invitados a probar nuevos y exquisitos platos hasta que estos perecen de indigestión. Brzezinski sabe los enormes problemas que se generan en una Unión Europea de quince miembros con unas economías relativamente homogéneas. Una ampliación excesiva a nuevos países en el Este de Europa, con sus enormes problemas sociales y económicos, supondría unas complicaciones tan graves que, probablemente, paralizarían el proceso de unidad.

El gran beneficiado de esta situación sería evidentemente Estados Unidos. Europa le seguiría necesitando como un garante de su seguridad y un líder capaz de articular las acciones europeas en política exterior. Además, esa nueva y difusa entidad europea integraría a gran parte de Europa Central y Oriental en la "cabeza de puente democrática", es decir, en el área de influencia directa de Estados Unidos.

Esta propuesta estratégica se enmarca dentro de una estrategia superior a nivel mundial. En realidad, lo que Brzezinski propone para mantener el liderazgo global norteamericano es el control de los dos extremos del tablero euroasiático. Para ello, es necesaria en el extremo occidental esa Europa amplia y difusa, necesitada del apoyo norteamericano, que acabamos de comentar. Para el extremo oriental, Brzezinski propone aceptar a China en su papel de potencia regional (papel en el que no le faltarán problemas teniendo como vecinos a Rusia, la India, Japón y los países de Asia Central), evitando con ello que pueda ascender al nivel de potencia mundial mientras se mantiene una relación privilegiada con Japón. Como complemento, una hábil actuación en las ex-repúblicas soviéticas de Asia Central y en Ucrania y Azerbaijón podrán evitar el renacimiento del Imperio Ruso, al tiempo que materializa la presencia nortea-

(13) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «*El Gran Tablero Mundial*». Editorial Paidós, 1998.

americana en una zona de enorme riqueza energética, clave para el próximo siglo.

No obstante, debemos atenuar la impresión manipuladora que pueda desprenderse de estas ideas de Brzezinski. Ciertamente propone una estrategia para mantener el liderazgo norteamericano al menos durante la próxima generación y lo hace con sinceridad. Pero las acciones que plantea tienen un carácter fundamentalmente estabilizador y se enmarcan en esa concepción del idealismo norteamericano que considera a la democracia, el liberalismo económico y el respeto a los Derechos Humanos como un fin deseable para el conjunto del género humano y la mejor vía para alcanzar la felicidad a nivel individual y la paz y la prosperidad a nivel colectivo. En ese sentido, y aunque algunas de sus líneas de acción sean claramente manipuladoras, esta manipulación se mantiene en un nivel diplomático y económico que excluye el recurso a la imposición armada, la desestabilización premeditada o la humillación nacional. Esta dualidad entre el poder y los principios (recordemos el título de sus memorias "Power & Principle) es una constante de su pensamiento geopolítico. *"La meta política de los Estados Unidos debe ser necesariamente doble: la de perpetuar la propia posición dominante de los Estados Unidos durante al menos una generación —y preferiblemente durante más tiempo aún— y la de crear un marco geopolítico capaz de absorber los choques y presiones inherentes al cambio sociopolítico, avanzando al mismo tiempo en la constitución de un núcleo geopolítico de responsabilidad compartida encargado de la gestión pacífica del planeta"* (14).

Volviendo a su estrategia para Europa, Brzezinski otorga un importante papel a la OTAN dentro de la misma. La Alianza Atlántica une los intereses europeos y norteamericanos en un aspecto, seguridad y defensa, en el que los primeros son claramente dependientes de los segundos. La OTAN es también el primer instrumento de expansión de Europa Occidental (y de los intereses norteamericanos) hacia el nuevo espacio abierto en el Centro y el Este del Continente. Su papel, en cierta forma, es proporcionar un paraguas protector de seguridad que garantice la transformación hacia la democracia y la economía de mercado como paso previo a una integración en la Unión Europea (UE).

La idea de la ampliación de la OTAN hacia el Este casa perfectamente con la idea estratégica de impulsar una Europa más unida pero a la

(14) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

vez más compleja y con menos posibilidades de formar un ente geopolítico autónomo. Quizás por eso Brzezinski se muestra favorable a que Estados Unidos trabaje en común con Alemania en el tema de la ampliación. El país germano se muestra muy favorable a la ampliación tanto de la OTAN como de la UE hacia el Este. Al mismo tiempo, no es, ni mucho menos, tan crítico hacia la supremacía estadounidense dentro de la Alianza como puede serlo Francia. No obstante, la postura francesa no es desdeñable en absoluto; en primer lugar, sirve como contrapeso a un excesivo protagonismo alemán, siempre susceptible de resucitar viejas aspiraciones. En segundo lugar, las tesis francesas sobre un mayor papel europeo dentro de la Alianza van, para Brzezinski, en el camino correcto. *“El punto de vista francés sobre esta cuestión es acertado. Es imposible que algún día pueda existir una Europa verdaderamente unida con una alianza cuya integración esté basada en una superpotencia más quince potencias dependientes. Una vez que Europa empiece a asumir una identidad política genuina propia y que la UE asuma algunas de las funciones de un gobierno supranacional, la OTAN deberá modificarse sobre la base de una fórmula 1+1 (EE.UU. + UE.)”* (15).

Efectivamente, a Estados Unidos no le desagrada la idea de una mayor implicación europea en su seguridad siempre y cuando este proceso se realice en el seno de la OTAN. El papel que Brzezinski reserva a la Unión Europea Occidental (UEO) es de mera antesala de la Alianza Atlántica o de útil complemento para reforzar las redes de seguridad en Europa. *“Otros estados también pueden buscar un vínculo con la UEO como un paso preliminar a una eventual adhesión a la OTAN. La UEO también podría optar en un momento dado por emular el programa de la OTAN de Asociación para la Paz para aplicarlo a los miembros aspirantes a la UE. Todo ello ayudaría a establecer una red más extensa de cooperación en materia de seguridad en Europa, más allá del ámbito formal de la alianza transatlántica”* (16).

La aparición de una Identidad Europea de Seguridad y Defensa (IESD) no constituye pues motivo de alarma para EEUU. mientras se mantenga la unidad de la Alianza y el vínculo trasatlántico. La posibilidad de que los aliados europeos pudiesen llevar a cabo operaciones de cierta envergadura sin excesivo apoyo estadounidense, podría constituir incluso

(15) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

(16) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

un respiro para unos presidentes de Estados Unidos con dificultades para convencer a sus conciudadanos de la necesidad de arriesgar vidas americanas en lugares como Bosnia o Kosovo.

En este sentido, la ampliación de la Alianza Atlántica al Este es vista por Brzezinski como un factor de refuerzo y estabilización no sólo para la propia OTAN sino también para la unidad europea, de acuerdo con las tesis alemanas. Esta visión quedó plasmada en un artículo publicado en España en 1997 en el diario "El Mundo" y redactado entre el propio Brzezinski y el ex-consejero de seguridad de Clinton, Anthony Lake. En él podemos leer "*La ampliación de la OTAN es una respuesta a tres desafíos: impulsar las relaciones entre EEUU. y una Europa democrática de mayor tamaño, comprometer a una Rusia posimperial, poco estable, en una relación de cooperación con la nueva Europa y, por último, reforzar los hábitos de democracia y de paz en Europa Central*" (17).

En estos tres desafíos se perfilan claramente las líneas estratégicas propuestas por Brzezinski y que hemos venido comentando en este capítulo: primero, una Europa ampliada al Este recuperado para la democracia, pero que sigue necesitando el vínculo con EEUU. debido a sus dificultades de articulación. Segundo, una Federación Rusa que ha perdido sus áreas de influencia geopolítica y que debe resignarse a olvidar sus aspiraciones imperiales como única forma de poder integrarse algún día en Europa. La ampliación aparece pues como un proceso vital en la estrategia europea de los Estados Unidos. Pero el propio Brzezinski advierte de que el camino no está exento de dificultades y peligros.

El primero, puede provenir de un excesivo entusiasmo ampliatorio que provoque falsas expectativas entre los estados aspirantes. Evidentemente resulta imposible una ampliación rápida y generalizada. Por el contrario, será probablemente un proceso que se prolongue durante décadas y en el que habrá que imponer un criterio selectivo de admisión. La OTAN no puede aceptar en su seno a países conflictivos o con transiciones democráticas sin finalizar o sumidos en el caos económico y social. Dar excesivas esperanzas a algunos aspirantes puede resultar contraproducente ya que, cuando comprueben que su candidatura permanece largo tiempo en la lista de espera, el entusiasmo puede convertirse en despecho. A este respecto, Brzezinski se muestra a veces muy crítico con las

(17) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW Y LAKE ANTHONY: «Ampliar la OTAN para consolidar la paz». El Mundo 07-07-97.

falsas expectativas creadas por la Asociación para la Paz “Ha existido una confusión general respecto al papel de la Asociación para la Paz de la OTAN — una ambigua asociación voluntaria de estados participantes— en una Alianza en proceso de ampliación. Los propios comentarios de Clinton han contribuido a ese desconcierto: “Veintiuna naciones se han sumado ya a esa asociación desde que la iniciamos y están actuando para hacer real el sueño de una Europa unida y pacífica”. ¿Quiere decir esto que Kazajstán o Kirguizistán se encuentran en la misma categoría que la República Checa o Hungría?” (18), (La cita es de 1995, antes de la ampliación efectiva).

El otro gran problema planteado por la ampliación es la postura rusa. La extensión de la Alianza hacia unas zonas de tradicional influencia rusa provoca lógicamente tensión y sospechas cuando no abierta hostilidad. Esta hostilidad irá además aumentando según vaya acercando la OTAN sus fronteras a las fronteras geográficas de la Federación Rusa. Brzezinski en este caso muestra una postura que combina la firmeza con la conciliación. En primer lugar, debe quedar bien claro que la OTAN no puede admitir vetos rusos en cuanto a la admisión de nuevos miembros. La ampliación debe realizarse a pesar de la voluntad de Moscú y por encima de sus advertencias y amenazas, que dada su debilidad actual, no rebasan el nivel de mera retórica. “Las circunstancias actuales requieren un despliegue parecido de firmeza constructiva. Se debe hacer entender al Kremlin que las jactancias y las amenazas no serán ni productivas ni eficaces y que, incluso, pueden acelerar el proceso de expansión. Rusia no tiene el derecho de vetar la expansión de la OTAN ni el de imponer una soberanía limitada a los países de Europa Central” (19). Además, la ampliación es el pilar principal de la estrategia de la OTAN hacia Rusia. La pérdida de sus tradicionales territorios de influencia obligará a los dirigentes de Moscú a aceptar la dura realidad y comprender que el camino de la Federación sólo puede avanzar en la dirección de una cooperación constructiva con Europa, evitando las tentaciones neoimperialistas.

Pero, para combinar adecuadamente esta firmeza, Brzezinski propugna también medidas de conciliación y acercamiento a Moscú. En primer lugar, advierte de la importancia de fijar adecuadamente cuales son los límites de la expansión de la OTAN. Esto atenuará las suspicacias en

(18) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «La nueva Rusia y la ampliación de la OTAN». Política Exterior 43, IX Feb/Mar 95.

(19) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «La nueva Rusia y la ampliación de la OTAN». Política Exterior 43, IX Feb/Mar 95.

la Federación Rusa al tiempo que se evitan las falsas expectativas en algunos estados caucásicos y de Asia central. En segundo lugar, señala la necesidad de que las sucesivas ampliaciones no sean percibidas por Rusia como una amenaza. Para ello, propone el diálogo con Rusia, previo a cualquier admisión de nuevos miembros y tendente a ir sentando las bases de una nueva estructura de seguridad. En este sentido, Brzezinski se muestra muy favorable a la creación de órganos como el Consejo de Seguridad conjunto OTAN–Rusia que otorgan a Moscú la posibilidad de tener una relación directa con la Alianza y de expresar sus puntos de vista en el seno de la misma. También hace observar la conveniencia de no realizar despliegues de fuerzas militares en el territorio de los nuevos estados admitidos en la Alianza. Con ello no se obtendría ninguna ventaja (no existe ya un enemigo que justifique tal despliegue) y sí podría provocarse un serio empeoramiento de las relaciones con Rusia.

Por último, Brzezinski reconoce que existen cuestiones muy delicadas para Moscú que podrían degenerar en una actitud abiertamente hostil si se procede a una ampliación excesivamente entusiasta de la Alianza. Concretamente, se refiere a los Países Bálticos y a Ucrania. En el primer caso, el ansia de independencia y seguridad expresado por estos estados y que les convierte en ansiosos aspirantes al ingreso en la OTAN se contrapone con su situación geográfica, muy sensible para Rusia, y con la existencia de importantes minorías rusas. La ampliación debe tener en cuenta esta sensibilidad y realizarse en el marco de un acuerdo cooperativo de seguridad con Rusia. Pero más peliagudo todavía es el problema ucraniano. Ucrania es percibida como parte del “alma rusa” y su alineamiento con la OTAN constituiría una afrenta de difícil digestión para las autoridades y el pueblo de Rusia (probablemente también para parte del pueblo ucraniano). Sin embargo, Ucrania es una pieza vital para la estrategia norteamericana en la zona. Si Ucrania llega a reintegrarse a la Federación Rusa el proceso de reconstrucción imperial será inevitable.

La cuestión ucraniana debe ser tratada con sutileza. Brzezinski propone que la actuación norteamericana debe ir orientada a garantizar en primer lugar la independencia de Ucrania pero situando una posible adhesión a la Alianza Atlántica en un futuro prudencial. *“Ucrania debería estar preparada para entrar en negociaciones serias tanto con la UE como con la OTAN en algún momento entre el 2005 y el 2010, especialmente si para entonces ha hecho progresos significativos en sus reformas internas y ha conseguido ser identificada más fácilmente como un país centroeuropeo”*

(20). Pese a estos plazos dilatados para la plena integración ucraniana en Europa, motivados tanto por los recelos rusos como por la propia e inestable situación interna del país, Brzezinski reserva un importante papel al país eslavo en la futura esfera de seguridad europea. De hecho su visión para el futuro contempla una ampliación del tradicional eje franco-alemán hacia el Este incluyendo a Polonia y Ucrania. Estos cuatro países constituirían la columna vertebral de un acuerdo de seguridad europeo que por un lado incluiría a Rusia y por otro mantendría el vínculo trasatlántico con EEUU., aunque sobre la base de una mayor profundidad estratégica europea. Este acuerdo de seguridad satisfaría los dos objetivos clave de la estrategia norteamericana para Europa: mantener una benévola aunque real hegemonía global de los EEUU. y conseguir un clima de paz, seguridad y respeto a la democracia y los derechos humanos en el antaño campo de batalla europeo.

BRZEZINSKI Y LA CRISIS DE KOSOVO

Como punto final sobre este estudio del pensamiento de Brzezinski en relación con la construcción europea y con la estrategia norteamericana para Europa, podemos hacer referencia a su postura en el reciente conflicto de Kosovo, que ha supuesto una dura prueba para la unidad de la Alianza y ha hecho replantearse la relación entre europeos y norteamericanos en el seno de la OTAN.

Brzezinski expresó su punto de vista en un artículo escrito originalmente para *Los Angeles Times* y que en España publicó el diario "El Mundo" el 14 de Abril de 1999. Su título es ya significativo sobre la opinión del autor: "¿Será la OTAN a sus 50 años, una víctima de la guerra de Kosovo?".

Tanto en el título como en el contenido del citado artículo puede leerse entre líneas un poco disimulado malhumor de Brzezinski ante la situación en la que fue colocada la Alianza Atlántica al principio del conflicto. La situación que se planteaba era que, o bien se derrotaba clara y totalmente a Yugoslavia, o la Alianza sufriría una pérdida de credibilidad que probablemente significaría su fin. El fin de la Alianza Atlántica supondría un golpe para toda la cuidadosa arquitectura estratégica norteamericana que el propio autor contribuyó a construir en las últimas décadas. "No es ninguna exageración decir que si la OTAN no logra imponerse sig-

(20) BRZEZINSKI, ZBIGNIEW: «El Gran Tablero Mundial». Editorial Paidós, 1998.

nificará el fin de la organización atlántica como alianza creíble y el fin del liderazgo mundial de los Estados Unidos. Las consecuencias serían devastadoras para la estabilidad mundial”.

Evidentemente, a tal situación de “vencer o morir” solo puede llegarse a través de una torpe conducción diplomática de la crisis que, en el caso de Kosovo, se mantenía todavía en un nivel de hostilidades limitadas. Sin embargo, las iras de Brzezinski no se descargan tanto sobre el proceso diplomático previo a la apertura de hostilidades como sobre la forma en la que estas se plantean inicialmente. Los bombardeos son muy limitados y han servido más para “vacunar” a la población serbia ante sus efectos que para atemorizarlos, no hay helicópteros de ataque desplegados y se divulga constantemente la idea de que no se va a producir una intervención terrestre. El resultado: *“Aunque es innegable que la limpieza étnica precedió a los bombardeos, lo cierto es que se vio acelerada y se volvió más brutal después de que empezasen a caer las bombas. El equipo de la Casa Blanca no puede rehuir la responsabilidad por no hacer lo mínimamente posible para impedir que los kosovares se convirtiesen en víctimas”.*

Pero una vez comenzadas las hostilidades, para Brzezinski no hay vuelta atrás posible. Se trata de una lucha entre la comunidad occidental, vinculada por un respeto compartido a los derechos humanos, y una serie de gobernantes despóticos que creen que la soberanía nacional garantiza la ejecución de genocidios sobre minorías. Ante esta situación, plantea la necesidad de una victoria total evitando cualquier concesión o negociación con Milosevic, intensificando los bombardeos, preparando el inicio de una campaña terrestre y armando a las guerrillas kosovares. Cualquier síntoma de debilidad puede convertirse en el funeral de la Alianza y, con ella, de toda la actual supremacía de los valores occidentales.

Ciertamente, la postura de Brzezinski parece extrema pero para él se trata de una situación extrema a la que se ha llegado por una mala gestión del problema. Será interesante constatar en el futuro su visión sobre la solución al problema kosovar, una solución que no solo ha llegado de la mano de una victoria militar relativa, sino de la concesión a Milosevic de algunos aspectos importantes como la eliminación del referéndum de independencia para Kosovo, previsto inicialmente en Rambouillet, o las seguridades sobre la pertenencia legal de Kosovo a la República Federal Yugoslava. También será interesante conocer su opinión acerca de la situación sobre el terreno, en el que las fuerzas de la OTAN tienen serias dificultades para impedir que los kosovares ejerzan sobre serbios y gita-

nos el mismo genocidio del que ellos fueron víctimas, mientras el Ejército de Liberación de Kosovo (UCK), una organización con inquietantes conexiones con las mafias albanesas, domina la vida civil del territorio.

En definitiva, Brzezinski se sitúa en una línea de acción dura pensando que lo que está en juego es mucho más que el destino de Kosovo. Para él toda una forma de entender el mundo y de definir cuales deben ser los valores predominantes en las sociedades humanas se puso en el tapete sobre las pobres y devastadas tierras kosovares.